

RETOS DE LAS SUBJETIVACIONES NO HEGEMÓNICAS EN LA TRANSFORMACIÓN DE LAS REPRESENTACIONES CULTURALES DEL AMOR, LA FAMILIA Y LA IDENTIDAD. UNA MIRADA DESDE LA TEORÍA QUEER. *

Como citar este artículo:

Estrada Mesa, Ángela María. 2012. Retos de las subjetivaciones no hegemónicas en la transformación de las representaciones culturales del amor, la familia y la identidad. Una mirada desde la teoría queer. Revista Latinoamericana de Estudios de Familia 4: 119-137.

ÁNGELA MARÍA ESTRADA MESA**

Recibido: septiembre 4 de 2011

Aprobado: octubre 31 de 2011

RESUMEN: con base en una fuerte base etnográfica este trabajo expone una crítica teórica que busca problematizar la suficiencia de la inclusión de lo otro, de la diferencia, como fuente de estrategias transformadoras de las instituciones sociales y de la cultura, mientras que por el contrario puede más bien neutralizar el potencial transformador que encarnan las posiciones de sujeto y las narrativas identitarias no hegemónicas (se abandona la noción de homosexualidad). En efecto, el trabajo critica las concepciones de amor romántico y familia nuclear modernas que los movimientos políticos gay contemporáneos están reivindicando, a partir de la inclusión como logro político exclusivo o prioritario, puesto que en el proceso quedan atrapados en la defensa de las instituciones modernas. El trabajo sugiere la importancia de que los movimientos gay reconsideren las propuestas de amor, familia e identidad a partir de las críticas feministas y postmodernas para fortalecer su potencial de cambio cultural.

PALABRAS CLAVE: estudios LG, teoría queer, construccionismo social, subjetivaciones, enfoque narrativo, narrativas identitarias, amor romántico, amor confluyente, psicología social contemporánea, posicionamiento, homosexualidad.

* Este trabajo constituye un subproducto de la investigación cuyo informe final se tituló: "Empecé a ser una persona a quien le gustaban las personas": Narrativas eróticas disidentes y posicionamientos del self en las redes cotidianas de significado" (Estrada 2009), presentado como disertación doctoral en el Programa de Doctorado Conjunto en Psicología Social de las Universidades Federal de Paraíba y Federal de Rio Grande do Norte en Brasil.

** Psicóloga. Magíster en Investigación y Tecnología Educativas. Doctora en Psicología Social. Directora Ejecutiva de QUIRA - Centro Latinoamericano para el Desarrollo de la Cultura Colaborativa (www.quira.co). Correo electrónico: am.estradam@gmail.com

CHALLENGES TO NON-HEGEMONIC SUBJECTIFICATION IN THE TRANSFORMATION OF CULTURAL REPRESENTATION OF THE CONCEPTS OF LOVE, FAMILY AND IDENTITY A VIEW FROM QUEER THEORY

ABSTRACT: Based on a strong ethnographic base, this work presents a theoretical critique that seeks to problematize the idea of adequacy of inclusion of the other, of difference, as a source for transformative strategies of social institutions and of culture, while otherwise such a strategy can neutralize the transformative potential that embodies subject positions and non-hegemonic narrative identities (the notion of homosexuality is abandoned). Indeed, the paper criticizes conceptions of romantic love and modern nuclear family that contemporary gay political movements are claiming, from inclusion as priority or exclusive political achievement, since in the process are trapped in the defense of modern institutions. The work suggests the importance of the gay movement considering the proposals of love, family and identity from the postmodern feminist critiques in order to strengthen their potential for cultural change.

KEY WORDS: LG studies, queer theory, social constructionism, subjectification focus narrative, identity narrative, romantic love, confluent love, contemporary social psychology, positioning, homosexuality.

INTRODUCCIÓN

Este texto sigue la tradición crítica que instauró Judith Butler al proponerse, hace ya catorce años, “provocar un examen crítico del vocabulario básico del movimiento de pensamiento al cual pertenece”; en ese caso del feminismo, no para minarlo sino para animar una autocrítica que facilitara “una vida más democrática e inclusiva” (Butler 2001, 9).

En su momento, Butler buscaba “criticar el supuesto heterosexual dominante en la teoría literaria feminista”. Mucho tiempo y debates han transcurrido desde entonces. Ahora –apoyada en la teoría *queer*–, pretendo mostrar que la inclusión de la diferencia, de lo otro, en la base de las instituciones sociales modernas, es insuficiente para transformar la sociedad y la cultura y, que por el contrario, neutraliza el potencial

transformador de las posiciones de sujeto y las narrativas identitarias no hegemónicas¹.

Tomo en consideración, en todo caso, que a partir de los desarrollos postfeministas tales como la teoría *queer*, los estudios Gay y Lesbianos, las perspectivas subalternas y la práctica de la interseccionalidad, entre otras, se hace clara la necesaria tensión y la diferencia entre el feminismo político-militante y la posición crítica propia de la teoría social en torno a la subjetivación.

Desde la teoría *queer* es posible proponer una postura crítica a las políticas de la identidad que se resista al posicionamiento social del *self* en una categoría identitaria particular, cualquiera que ella sea: asumirse como *queer* es resistirse a la categorización de género y ser solidario con las luchas de exclusión y discriminación de otras sexualidades e identidades.

Implica también operar una distinción crítica y reflexiva para los propios relatos identitarios, entre la patologización implícita de la categoría de homosexualidad construida por la modernidad en Occidente y la libertad en las preferencias y prácticas eróticas propias de distintas personas y de cada persona en distintos momentos de su ciclo vital.

Actualmente la exclusión de lo otro opera en el marco de las políticas de la identidad (Gergen 1995, Sampson 1993, Sampson 2000), ya no exclusivamente desde la matriz heterosexual, sino también en los límites de lo que cada categoría identitaria está dispuesta a reconocer; por ejemplo, la concepción esencializada y biologicista de la génesis de la homosexualidad tiende a excluir tanto a la bisexualidad como a los sujetos *queer*, particularmente por oposición a las explicaciones aceptadas en razón de la naturalización de los objetos de deseo adecuados para cada categoría de sujetos, también naturalizadas.

En América Latina y Brasil, los discursos teológicos y médicos coadyuvaron conjuntamente a sustentar la jurisprudencia en contra de la homosexualidad en los nacientes Estados postcoloniales. Por ello, para algunos historiadores nacionales se hace necesario repensar nuestra propia historia desde el lugar del homoerotismo (Giraldo Botero 2006).

Entre nosotros, y a pesar de las luchas recientes, las posiciones de sujeto no hegemónicas siguen siendo víctimas de crímenes de odio y exclusión social ante la carencia de normas más explícitas y sólidas que sancionen y pongan límite a los comportamientos homofóbicos que siguen teniendo una enorme legitimidad cultural (Colombia Diversa 2005).

No obstante lo anterior, puede afirmarse que si bien la patologización y la exclusión de los sistemas de protección social de la población LGBTTI (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, transgeneristas, intersexuales y la lista sigue creciendo) ha venido rectificándose lentamente (en Occidente y en el caso colombiano en

¹ Esta noción ha sido desarrollada en trabajos anteriores (Estrada 2004; Estrada y Báez-Silva 2009).

particular) en los discursos y saberes expertos –psiquiatría, psicología y derecho, principalmente–, la estigmatización de la homosexualidad como fenómeno cultural que reproduce la heterosexualidad obligatoria mantiene gran vigencia.

Este texto se ubica en la corriente crítica de la noción esencialista de la identidad, por lo cual es importante tener en cuenta que la Historia Occidental sigue siendo la historia del Primer Mundo y que las teorías críticas sobre la identidad, como producto del Primer Mundo, deben ser consideradas visibilizando sus sesgos etnocéntricos (Traverso-Yepes 1998) buscando establecer el conjunto de significados que se construyen en las prácticas socializadoras del homoerotismo entre nosotros, al tiempo que, mediante la crítica, se promuevan interpretaciones culturales más humanas y razonables.

Límites y posibilidades del amor romántico como marco para la subjetivación en la red social personal

Empleo en este trabajo la noción de red social personal propuesta por Carlos Sluzki (1996) para referirme a las familias, en plural, evitando la carga ideológica propia de la noción moderna de familia nuclear heterosexual convertida en estándar desde el cual otros arreglos no hegemónicos resultan deficitarios.

En tal sentido, parto de la visibilización de que la familia es un constructo histórico, situado en el tiempo y por tanto diverso; y que la particular noción moderna expresa los cambios producidos durante la Revolución Industrial en la estructura familiar, las clases sociales, la economía y la demografía (Goodrich, Rampage, Ellman y Halstead 1989) así como la bifurcación privado-público sustentada ideológicamente que le es propia.

El particular arreglo social que representa la familia nuclear moderna niega legitimidad o subordina como incompletas, anormales o alternativas otras formas familiares existentes actualmente, entre ellas las parejas del mismo sexo, las familias monoparentales, las parejas sin hijos y las organizaciones de vida comunal, aunque actualmente estadísticamente estas últimas representen un porcentaje más numeroso que el de las familias nucleares (Goodrich, Rampage, Ellman y Halstead 1989).

La crítica que se desarrolla en este texto compromete por igual a las distintas formas familiares toda vez que ellas se encuentran sujetas a la misma representación cultural del amor romántico. El amor romántico constituye una representación cultural naturalizada y un poderoso mecanismo de sostén y reproducción de la familia nuclear heterosexual, que nació simultáneamente con la estructura moderna de la familia (Badinter 1991) como única forma legítima y posible de amar:

El amor mismo se invocaba como una manera de galvanizar las actitudes y conductas de la mujer a favor de su rol exclusivo como ama de casa y

madre. De hecho, el término ‘ama de casa’ no fue creado hasta el período industrial. Del mismo modo, aunque las madres siempre han existido, la Maternidad como institución no se conocía anteriormente (Goodrich, Rampage, Ellman y Halstead 1989, 21).

Para Giddens (1995), las transformaciones de la vida privada que ocurren en la modernidad con la legitimación del amor romántico, trajeron consigo pasos muy significativos hacia la construcción de la “pura relación”; es decir, “una relación de igualdad sexual y emocional, que tiene connotaciones explosivas respecto de las formas preexistentes de las relaciones de poder entre los diversos papeles sexuales establecidos” (Giddens 1995, 12), y que por supuesto procede en la medida en que la sexualidad, mediante el desarrollo de las tecnologías de control de la fertilidad, se liberó de la reproducción, haciéndose más visible el polimorfismo y la plasticidad del objeto amoroso como característica de la sexualidad humana. En los tiempos modernos, el modelo de amor romántico es precursor pero se mantiene en tensión con el modelo de relación pura, como se expone a continuación (Estrada y Báez-Silva 2009).

El amor romántico –según Giddens–, configuró un amor esencialmente feminizado, ‘tarea de la mujer’, toda vez que privilegiaba la ‘domesticidad sofocante’; era un amor sexual que excluía las *ars erotica* y dotaba a la sexualidad masculina con el índice del cinismo, pues para los hombres, el ejercicio del ‘amor pasión’ –su prerrogativa– anclado en una sexualidad compulsiva, quedaba articulado al contexto de las relaciones extramaritales (con amantes y prostitutas). Al mismo tiempo la identidad propiamente masculina buscaba legitimidad en el orden material y frente a otros hombres; este proceso –que ha continuado a lo largo de toda la modernidad tardía–, es la base de lo que Kimmel (1997) ha denominado masculinidad como homofobia, una masculinidad caracterizada por una sexualidad compulsiva, episódica y funcional que garantiza la apropiación de toda la energía productiva del varón al servicio de la economía de mercado.

Con el proceso de emancipación sexual femenina respecto de la reproducción, acompañada o no de la consolidación de una carrera profesional –pero principalmente cuando el empoderamiento en cuanto sujeto económico tiene lugar²¹, el amor romántico tiende a fracturarse debido a las tensiones que emergen de los profundos cambios en la femineidad: la autonomía femenina es cada vez menos complaciente y cómplice con la fragilidad emocional agazapada del macho, quien ahora aparece emocionalmente desnudo, con pocos recursos para ejercer su identidad en la intimidad y buscando refugio en la sexualidad episódica (aquella que tiene lugar en un contexto anónimo y de supremacía del poder masculino), mientras que las mujeres

² Este análisis tiene como ubicación histórica la modernidad y es contrario a una concepción esencializada de la femineidad o la masculinidad.

son ambivalentes frente a ese poder. No obstante lo anterior, cada vez más, el pene ha dejado de ser referente de una economía significativa de naturaleza fálica; ahora: “[...] el falo es sólo el pene. ¡Que turbador y desconcertante descubrimiento ha constituido esto para los dos sexos!” (Giddens 1995, 141).

En este nuevo contexto histórico, las relaciones heterosexuales están marcadas por el desencuentro, toda vez que los hombres parecen haberse quedado anclados en la expectativa ambivalente de unos roles femeninos modernos (anhelando simultáneamente y de manera contradictoria la complicidad y la iniciativa tanto sexual como económica), así como en su propia disociación emocional. Algunos grupos de categorías identitarias no hegemónicas, tanto heterosexuales como gays y lésbicas, particularmente aquellos que buscan el compromiso en relaciones basadas en su negociación explícita y la apertura a los experimentos cotidianos de intimidad son pioneros en la realización de un nuevo modelo de amor denominado por Giddens (1995) ‘amor confluyente’, radicalmente democrático y centrado en una sexualidad plástica (que reconoce la posibilidad que tenemos todos los seres humanos de construir múltiples objetos amorosos a lo largo de nuestro ciclo vital), y que, se prevé, pondrá en cuestión el doble registro de la igualdad heredado del modelo moderno de sociedad, que legitimó la mayor igualdad de algunos considerados superiores.

Desencuentro que incluye la naturalización patriarcal de las prácticas de cuidado las cuales de hecho son históricamente una elección moral de algunas mujeres (pues el uso de nodrizas, la existencia de hospicios y el abandono infantil son contraejemplos históricos que sustentan la idea del cuidado como elección).

Tales decisiones llevaron a que de manera inadvertida surgiera otra ética, denominada una Ética del Cuidado, que contrariamente a la ética individualista de la modernidad se orienta a la protección de los lazos sociales y que es solidaria con la vida y con el otro (Tronto 1993). Tal ética aún espera su lugar en la transformación del individualismo ético moderno.

Estudios LG versus Teoría *Queer*

Los editores de una de las compilaciones pioneras de los Estudios LG, antes que intentar responder a la pregunta por el sentido de este nuevo campo en la academia mediante discursos de tercer nivel, o propuestas en el orden burocrático (Abelove, Barale y Halperin 1993), delimitan los Estudios LGBT, mediante el siguiente recurso:

Lesbian/gay studies does for sex and *sexuality* approximately what women's studies do for gender. That does not mean that sexuality and gender must be strictly partitioned. On the contrary, the problem of how to understand the connections between sexuality and gender continues to furnish an illuminating topic of discussion in both women's studies

and lesbian/gay studies; hence, the degree of overlap or of distinctness between the fields of lesbian/gay studies and women's studies is a matter of lively debate and ongoing negotiation (Abelove, Barale y Halperin 1993 Abelove, Barale y Halperin 1993, xv-xvi).

No obstante lo anterior, los editores de esa compilación que parece constituir la plataforma de lanzamiento de ese nuevo campo académico que, como se verá en este texto, ya cuenta con un robusto corpus, señalan que los Estudios LG buscan establecer analíticamente la centralidad del sexo y la sexualidad en diferentes campos de indagación, sometiendo a un intenso escrutinio la producción cultural y las vicisitudes del significado de lo sexual.

Además del desarrollo de los Estudios LG, también emergió la Teoría *Queer* siendo Judith Butler una de sus principales exponentes e inspiradoras, toda vez que, al menos durante la última década, esta autora se ha dedicado a la comprensión de los sistemas culturales para la reproducción de la heterosexualidad obligatoria como matriz reguladora de la subjetivación humana en la cultura occidental contemporánea (Butler 2001); es decir, al análisis de las políticas de género en Occidente. La obra de Butler opera una inversión significativa, toda vez que enfoca, no la homosexualidad, sino la heteronormatividad como una característica distintiva de la cultura occidental contemporánea.

Uno de los mecanismos de significación más poderosos señalados por la autora se encuentra en la conexión de significado que articula las categorías sexo/género/deseo como cadena determinista en el proceso de subjetivación; es decir, como axioma no explorado, tanto en las explicaciones cotidianas, como en las concepciones 'científicas', según el cual el sexo determina el género y estos dos, a su vez, determinan los cuerpos/objetos adecuados de deseo (Butler 1990, Butler 2001).

Se trata de una explicación naturalista que asume sin cuestionar un axioma esencialista y binario que sustenta los modelos de identidad de género legitimados en Occidente (siendo sus opciones femenino y masculino). En tal sentido, en la historia contemporánea tanto en las disciplinas sociales como en las explicaciones cotidianas se ha consolidado una jerarquía sexual que establece el límite entre unas sexualidades aceptadas y reconocidas como saludables y otras que no lo son.

Aunque en tal jerarquía, la línea entre lo normal y lo anormal viene desplazándose y ampliándose el espectro del reconocimiento a diferentes prácticas y preferencias sexuales (por ejemplo a las parejas del mismo sexo con relaciones estables y que adoptan el modelo de matrimonio heterosexual - 'vainilla'), el parámetro de la sexualidad normal, natural, saludable y 'santa', sigue siendo en todo caso, la que ocurre en el contexto conyugal, heterosexual, monógamo, reproductivo y practicada en el hogar (Rubin 1993).

La formulación *queer* adelantada por Judith Butler desde 1989 señala que no existe un sexo –y por lo tanto tampoco un sujeto– prediscursivos que sirvan como referencia estable para la construcción cultural del género o la identidad y por supuesto a las ciencias sociales; más bien, como ya se dijo, este último debe ser visto como el conjunto de prácticas –performativas y discursivas– que cada individuo realiza en el marco de unos regímenes normativos que se van materializando en el cuerpo (Butler 1993, Estrada 2001). Tal materialización puede consolidar perspectivas bien de sumisión, bien de resistencia o bien de insubordinación (Butler 1993).

El reconocimiento social precede y condiciona la formación del sujeto, mediante ‘la performatividad del nombre propio’. Es por esto que afirmar que el género es el resultado de una construcción social, no es lo mismo que afirmar que este es absolutamente arbitrario; por el contrario, por tratarse de la producción de la corporalidad misma la construcción social de la identidad de género:

- No constituye prioritariamente una elección individual, libre y voluntaria (Butler 2002).
- Está en el centro de las políticas de la identidad que hacen parte de lo que define al sujeto y no a la inversa (Butler 2002).
- Se basa en categorías ideales inalcanzables e inestables que suscitan la ‘melancolía de la pérdida’ (Butler 2001).
- Produce la materialidad del género/cuerpo a través de la repetición ritualizada de normas (Butler 2002).
- Se produce mediante la imitación y la ejecución (*performance*) (Butler 1993, Butler 2002).

En otras palabras: “[...] los cuerpos sólo surgen, sólo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generizados [...]” (Butler 2002, 14). Si se acepta lo anterior, entonces ¿cómo explicar la homosexualidad, sin caer en discursos esencialistas o individualistas, insostenibles ya argumentativamente? La hipótesis implícita de esta propuesta, siguiendo a Judith Butler, es que aunque se acepte que la restricción de género es constitutiva, las autonarraciones homosexuales [en cuanto lugar subjetivo tanto de inteligibilidad como de abyección del sujeto (Butler 2002) parecen ser el resultado de realidades construidas conversacionalmente (Shotter 2001) en las que los roles emocionales o expresivos (pánico erótico, efecto performativo del nombre propio, etc.)] juegan un papel determinante.

Los desarrollos de Judith Butler vienen articulándose a los de los teóricos de la política radical quienes señalan que es precisamente la existencia de ‘lo otro’ (lo diferente) lo que justifica la necesidad de construir una identidad propia; en efecto, ‘lo otro’ hace parte de lo que nos delimita, es el límite externo de nuestra propia identidad.

En tal sentido, parece poco sensato el privilegio de las relaciones de antagónicas con lo otro, tan propias de Occidente (Mouffe 1993, Mouffe 1996).

Es por lo anterior que la teoría política radical propone desarrollar una 'política de la identidad nómada' caracterizada por privilegiar un punto de vista agonístico para la relación con lo otro; es decir, que permita relaciones de reconocimiento y la celebración de lo diferente conscientes del enriquecimiento que tiene lugar en la propia identidad cuando lo otro no se elimina (Sampson 1996).

Al tiempo, la Teoría *Queer* propone una postura resistente a las políticas de la identidad caracterizada por el rechazo a la obligatoriedad de ubicar una categoría identitaria particular: asumirse como *queer* es resistirse a la categorización de género y ser solidario con las luchas de exclusión y discriminación.

De hecho, los teóricos *queer* se plantean el problema de cómo escapar (y mediante qué recursos) a los mecanismos simbólicos de poder que han construido a los otros desde la lógica patriarcal: en el caso de la categoría social mujer como objeto de *performance* y en el caso de la categoría homosexual como modelo de regulación de la heterosexualidad obligatoria, evitando al mismo tiempo caer en estrategias esencialistas. Así pues, buscando romper con las estrategias narrativas realistas, animan a declarar la muerte de la personalidad unificada, proponen el sujeto descentrado y alientan a socavar las bases de la percepción. Esta es la tarea de resistencia propuesta por los teóricos *queer*, cuyo ejercicio es crítico y reconstructivo (Carlson 2000).

Asumirse como *queer* implica también operar un análisis crítico y reflexivo sobre los propios relatos identitarios; concretamente sobre la funcionalidad de las categorías identitarias modernas (incluyendo la de homosexualidad y los significados patologizantes que le están asociados) para el sostenimiento de la heterosexualidad obligatoria (la homosexualidad como contraejemplo de la masculinidad y dispositivo regulador), y los modelos de masculinidad contemporáneos, desconociendo la libertad posible en la elección de las preferencias y prácticas eróticas de distintas personas, y de cada persona en distintos momentos de la vida.

Sin duda alguna, los desarrollos teóricos proporcionados por los Estudios LGBT y la Teoría *Queer* continúan siendo un campo abonado para la polémica y el desacuerdo. La Teoría *Queer*, en tanto teoría y práctica política, ha sido vista como el polo 'radical' de los Estudios Gay y Lésbicos. Se convierte entonces en todo un desafío el tratar de adquirir una posición que logre arbitrar la discusión en aras de identificar aquellos puntos de vista que, aunque opuestos, resultan cruciales para el desarrollo de nuevos temas de estudio. Recogiendo en buena medida los aportes de estas dos corrientes, han venido surgiendo nuevos temas potenciales de estudio para el futuro tales como: a) identidad y diferencia, b) comunidad y organización comunitaria y c) batalla política y cambio social (Elia, Lovaas y Yep 2006).

Los debates en torno a los Estudios LG se han inscrito bajo las controversias suscitadas por ciertos movimientos de pensadores interesados en preguntas tales

como quiénes somos y qué buscamos; en otras palabras, movimientos sociales y políticos que militan en torno a la defensa de una categoría identitaria particular. Históricamente, la dirección de los estudios sobre la sexualidad ha ido cambiando de manera trascendental. Los cambios en el ambiente sociocultural del período, la reorganización de los movimientos sociales y sus estrategias, y las nuevas tendencias intelectuales, han contribuido a repensar totalmente los estudios sobre la sexualidad y el género (Barry 2002).

Las aproximaciones modernas se asocian mucho con el trabajo en las tradiciones de las ciencias sociales, incluyendo a los Estudios LG, en cuanto que privilegian la inclusión de otros significados en las estructuras científicas disciplinares preexistentes empleando los métodos dominantes en las ciencias. En la modernidad ha regido un “consenso significativo” (Barry 2002, 4) en lo que respecta a la historia, las identidades, y los valores, permitiendo la legitimidad de ciertas metanarrativas acerca de los orígenes y el desarrollo identitario del *self sexual*. Esta es la lógica de mucha de la literatura de ‘salir del clóset’ la cual presume un proceso de revelación de una homosexualidad esencial, de una ‘epifanía’ (Elia, Lovaas y Yep 2006).

La Teoría *Queer* está conceptualmente alineada con la crítica postmoderna y el postestructuralismo en la literatura, las artes y los estudios críticos culturales; comienza a ambientarse en ciencias sociales tales como la política y la psicología. Emplea la crítica al determinismo biológico, al esencialismo y enfatiza un entendimiento autorreflexivo del género y la sexualidad (Elia, Lovaas y Yep 2006), animando un enfoque diferencial para los estudios de familia y la formulación de política pública.

Parte de los debates y desarrollos críticos contemporáneos del pensamiento social postmoderno se encuentran integrados en la Teoría *Queer*, la cual logra transformar el ideal clave del pensamiento gay y la política misma: la noción de que todos los homosexuales parten de un coro común de experiencias, intereses y estilos de vida. Para los teóricos *queer* los sujetos homosexuales son tan diversos como los heterosexuales; construyen su identidad con base en un sinnúmero de fuentes diversas. En este orden de ideas, cualquier definición específica de una identidad homosexual es restrictiva y hace parte de los juegos de poder de las políticas de la identidad (Richardson y Seidman 2002).

Es claro entonces que la Teoría *Queer* busca reconocer y valorar los múltiples significados que son adjudicados al ser gay, lesbiana u otros. Centra su foco de análisis sobre un sistema de sexualidad que construye al *Yo* como sexual, que asigna una identidad sexual prioritaria bien sea como heterosexual u homosexual a todos los ciudadanos y que logra regular la sexualidad en términos de parámetros de normalidad y anormalidad (Richardson y Seidman 2002).

Podemos identificar ahora algunas fuertes tensiones entre estas dos tradiciones. En primer lugar, cabría mencionar el dilema acerca de la naturaleza de las realidades individuales y colectivas y los modos apropiados de preguntar para lograr describirlas

y transformarlas. Los Estudios LG poseen la tendencia a enfatizar la estabilidad de las identidades sexuales de gays y lesbianas mientras la Teoría *Queer* clama primeramente por desestabilizar y deconstruir continuamente la noción de identidades sexuales y de género fijas. En últimas, para algunos académicos la Teoría *Queer* podría catalogarse como más propia de la subjetivaciones contemporáneas que los Estudios LG (Elia, Lovaas y Yép 2006, 7).

En este orden de ideas, y desde el punto de vista de los Estudios LG, se acusa a la Teoría *Queer* de fortalecer nociones tales como la homofobia interiorizada e individualidad egocéntrica, como también, de determinar el aislamiento de los sujetos.

Kirsch (2006) busca que los teóricos *queer* conceptualicen métodos de identificación basados en el ‘*con*’ antes que otros basados en el ‘*cómo*’. En este sentido, la identidad puede mantener su importancia en cuanto provee un vehículo para el soporte mutuo y como una base para iniciar y mantener la acción social reconociendo asimismo que la categoría de identidad es fluida y cambia como consecuencia del mundo social.

Otra de las críticas de los Estudios LG se refiere a que la Teoría *Queer* estaría atentando contra el sentido de comunidad (homosexual) y particularmente contra los proyectos políticos basados en políticas de la identidad (Kirsch 2006, 31). Según este, la Teoría *Queer*, reconociendo la idea de ‘comunidad’ podría proveer alternativas contra el egocentrismo y las metas fijadas por la producción capitalista; de este modo, la noción de sujeto solo e incomparable podría empezar a verse desdibujada en el discurso de los Estudios LG.

El problema que posee la idea de ‘legitimación’ en la Teoría *Queer* desemboca en el hecho de que tal idea o proceso no crea equidad: “la dominación todavía existe; los ideales todavía gobiernan el presente” (Kirsch 2006, 33). Este es el dilema al que nos vemos enfrentados al ver ‘lo personal como político’ lo cual plantea nuevos cuestionamientos en torno al significado mismo de la política y su ejercicio. Poseer identidades diversas y disidentes llega a constituir una precondition para la acción política (Kirsch 2006).

Bien podría argumentarse que las diferencias entre los Estudios LG y la Teoría *Queer* son en parte generacionales (Kirsch 2006, 22). No obstante, cabría señalar que en buena medida esa tendencia de los movimientos LG a reproducir el modelo heterosexista estaría reflejando cierto pánico al cambio y, por qué no inferirlo, un temor existencial dado por la idea del no llegar a contar con el apoyo y compañía permanente del otro.

Estamos refiriéndonos a los problemas que se derivan de nociones tales como las de familia y monogamia dentro del ámbito de las identidades LG, sin desconocer que dichas nociones se hallan sujetas a contextos económicos, políticos y culturales específicos. Podría entonces llegar a pensarse que tales consideraciones reclamarían a ambas posturas teóricas un ejercicio autorreflexivo sobre las maneras de actuar políticamente.

En este orden de ideas, ¿cómo entender la problemática derivada del ‘salir del clóset’, considerada en algunos discursos expertos como parte integral del desarrollo de la identidad sexual de las personas LGBT? En últimas, ¿qué o quién tiene que salir?, ¿es realmente necesario para el *Yo* este proceso?, o mas bien ¿dicho proceso implica una especie de ritual iniciático o de adscripción a las culturas LGBT? (Kirsch 2006, 36).

Aunque el hecho de ‘salir del clóset’ posea diferentes consecuencias según la clase social, la raza, el género y el estatus social, en todo caso implica modelos de género que moldean de manera considerable el estilo de vida de las personas LGBT. Del mismo modo, se puede verificar cómo, a la sombra de este proceso se valida una noción de ‘salud emocional’ cuyo prerrequisito es la ‘identificación’; es decir, supone el evento específico de ‘salir del clóset’ como proceso garante de la estabilidad y salud emocional del sujeto (Kirsch 2006, 36).

¿Pero en qué medida ese modelo de ‘salud mental’ de las personas LGBT (cuyos problemas no puede atribuir con fuerza de necesidad a sus preferencias eróticas) exige el uso explícito de una ‘identidad gay’? De ser así, ‘la ciencia’ estaría, nuevamente, sofocando las posibilidades de acompañar la construcción libre y autorregulada del *Self*. Parece ser que se trata de la cuenta de cobro anticipada por la esperanza de evitar problemas tales como la depresión, la psicosis, la resignación y la apatía, entre otros. Del mismo modo, es claro que la ‘salud emocional’ no depende primordialmente de la autoaceptación o del reconocimiento de la orientación sexual sino más bien de lo complicado que resulta el pensarse como ajeno o disfuncional a un sistema económico, político y cultural preestablecido.

Uno de los grandes desafíos que posee la Teoría *Queer* es el tener que enfrentarse con los múltiples supuestos dados por la sociología, el derecho y la filosofía política tradicionales (Kirsch 2006, 38). Lo anterior implica tener que imaginar la identidad personal como algo único e irrepetible, supuesto tal que atenta contra la organización y la regulación misma de la que somos objeto en la sociedad. Una consideración como la anterior estaría llamada a analizar otras ideas tales como la de contrato social referida al inconsciente proceso de homogenización que se desarrolla sobre los mal llamados ‘sujetos de derecho’.

Sin duda alguna, la salud social y mental se promueve por medio de una activa participación con los otros (Kirsch 2006, 39) sin que ello implique el tener que hacer propias las construcciones del mundo y los estilos de vida que emergen del colectivo.

Vale la pena señalar que, en contravía con las ‘corrientes hegemónicas’, el construccionismo social se ha dedicado en parte a visibilizar las políticas de la identidad operadas por la psicología científica moderna. En efecto, desde esa perspectiva se llama la atención sobre cómo la militancia política de grupos discriminados por la psicología hegemónica tales como las mujeres, otras sexualidades y otras etnias –que ya para la década de los años setenta venían poniendo en cuestión los juegos de poder

operados por los discursos expertos propios de la modernidad (en particular de la psicología y la psiquiatría)– se oponen políticamente a tales ejercicios de poder.

Tales críticas mostraron cómo, asumiendo una postura de neutralidad universal los discursos psicológicos y psiquiátricos modernos privilegiaron y adoptaron como estándar el punto de vista del varón blanco, de clase media, educado, resultando ‘los otros’ estigmatizados y patologizados en razón de una economía discursiva para la producción de la subjetividad. Lo anterior es lo que ha llegado a conocerse como ‘políticas de la identidad’.

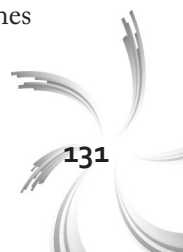
También vale la pena señalar la función que durante la modernidad tardía tuvieron las nuevas categorías sociales identitarias vistas como los nuevos resultados de las ciencias, con base en los cuales se pone en marcha una dinámica social que sustenta y reproduce los sujetos que operen en las economías de mercado, sean estas liberales o de Estado. El sujeto moderno (principalmente el varón que opera en lo público), ya completamente individualizado, comienza a establecer nuevas relaciones espacio-temporales. Los eventos del mundo que lo afectan y amenazan se desterritorializan y se ubican cada vez más fuera de su control; el vínculo social primario asume la función de proveer la certidumbre que ya no ofrece el entorno inmediato (Giddens 1995), caracterizado por la aceleración del tiempo y la fugacidad de la experiencia propia de una personalidad ‘pastiche’ (Gergen 1992).

Aparecen argumentos históricos muy contundentes para aceptar el análisis de Butler (1993), según el cual la homosexualidad –principalmente la masculina–, en el contexto social moderno, hace parte de las políticas de la identidad que sostienen y reproducen la heterosexualidad compulsiva y la masculinidad homofóbica, en tanto la homosexualidad masculina resulta ser un antimodelo eficiente para la socialización masculina (la homosexualidad es el modelo de lo que el varón no debe ser).

Tal como lo señala Sampson (1993), si la Psicología pretende mantener vigencia histórica y su legitimidad social, no tiene otra alternativa que partir de un profundo respeto y reconocimiento de las voces críticas que encarnan quienes militan en el mundo social desde las políticas de la identidad, así como una crítica pública radical a la participación histórica de esa disciplina en el endurecimiento de tales políticas.

Tensiones contemporáneas entre los Estudios LG y la Teoría Queer

Encontrar puntos en común, o un acuerdo explícito sobre el enfoque que requieren los estudios sobre la identidad (homo)sexual resulta un objetivo poco claro dadas las tensiones entre los distintos campos para el estudio del género y la homosexualidad en curso hoy en las ciencias sociales. En últimas, y aunque resulte paradójico, parece que nos encontramos ante una lucha por la hegemonía del conocimiento. Más concretamente, nos estamos refiriendo a dos tradiciones importantes: los Estudios LGBT y la Teoría *Queer*.



Empecemos por señalar las diferencias que subyacen al contexto en el que emergen ambas tradiciones. El origen de los Estudios LGBT se ubica en la reacción académica al contexto homofóbico característico en Norteamérica en las décadas de los cincuenta y los sesenta, y adicionalmente, a las luchas por la liberación suscitadas por la revuelta de Stonewall. Por su parte, la Teoría *Queer*, surge de aquellos enfoques críticos configurados con el postmodernidad y el postestructuralismo, que en buena medida se pronunciarían en contra del determinismo y el esencialismo de carácter biológico.

En buena medida, podría señalarse que los Estudios LGBT han estado vinculados más estrechamente con las tradicionales cultivadas en las ciencias sociales; en este sentido, puede identificarse el interés por el establecimiento de significados o unidades de conocimiento que se configuran en torno al método científico y la racionalidad. Desde esta perspectiva, y acorde a la tesis propuesta por Elia, Lovaas y Yep (2006), la corriente modernista ha pretendido entonces, por lo menos para lo que respecta a Occidente, crear una noción de “consenso significativo” que permita entender las metanarrativas referidas a los orígenes y al desarrollo de la identidad del Yo sexual. En este margen, se concibe entonces una (*homo*)sexualidad que se presume esencial y que requiere ser develada e interiorizada como parte del proceso ‘natural’ del desarrollo de la identidad personal. Podría pues afirmarse que los Estudios LGBT operan buscando rectificaciones en los desarrollos tradicionales de las ciencias sociales.

La Teoría *Queer* calificada como disidente, subversiva y provocadora, se niega a reconocer los supuestos que toman por dados las políticas de la identidad, es decir, la idea de una identidad sexual fija y biológicamente determinada que le significa a la sociedad un único modelo de organización capaz de establecer los límites entre lo normal y anormal, lo bueno y lo malo, y lo deseable e indeseable.

Lo que Llamas (1998) tradujo como teoría torcida, refiriéndose a la Teoría *Queer*, debe entenderse como “una estrategia discursiva que no se acomoda al esquema basado en la distinción entre la esencia y el carácter socialmente construido” (Llamas 1998, 327). Lo *queer* viene en últimas a enfatizar un entendimiento autorreflexivo del género y la sexualidad. De la misma manera, demanda el derecho a la libre elección de prácticas erótico-afectivas particulares, con un carácter provisional y autónomo, lo cual reconoce la posibilidad de resignificar reflexivamente las autonarraciones que los sujetos construyen sobre sí mismos a lo largo del ciclo vital.

Así pues, una primera tensión entre estas dos tradiciones se encuentra entre lo esencial y lo construido, o más bien, entre un sentido moderno y otro postmoderno de lo óntico. Mientras que los Estudios LGBT hacen énfasis en la estabilidad de la identidad homosexual basándose en una concepción universal de la identidad personal, pautada mediante invariantes funcionales propios de la especie, la Teoría *Queer* es subsidiaria de ideas tales como las ontologías locales (Gergen 1996), las ontologías del momento presente (Shotter s.f.) o la ontología de los gerundios (Butler

1999) que remiten a la función de verdad y los niveles de materialización corporal que logran los modelos de identidad sexual y de género legitimados en cada momento de la historia y la cultura particulares. En tal sentido, no es que la identidad sexual y de género esté determinada biológicamente para la especie, sino que convertimos en realidades sociales y corporales (en tal sentido, locales) los discursos dominantes sobre la identidad sexual y de género.

En tal sentido, afirmar que el género es el resultado de una construcción social, no es lo mismo que afirmar que este es absolutamente arbitrario; por el contrario, se trata de la producción de la corporalidad misma, en el marco de unos regímenes de poder. Así pues, mientras que los Estudios LGBT privilegian la denuncia de la exclusión social de la homosexualidad como una de las identidades posibles, la Teoría *Queer* elabora retóricamente la transformación de las bases culturales de la identidad.

Así pues, mientras que los Estudios LGBT hacen énfasis en la exclusión de ciertas posiciones identitarias, como objeto de reivindicación teórica, social y jurídica, mediante la eliminación del prejuicio, es decir, acompaña las prácticas priorizadas hoy por los movimientos sociales, la Teoría *Queer* reclama un sujeto sin etiquetas, capaz de reconocer y valorar los múltiples significados que adquieren las prácticas erótico-afectivas entre personas del mismo sexo. De muy buena manera, la evidencia de las prácticas homoeróticas a lo largo de la historia han puesto en evidencia lo problemáticas y difíciles que han resultado las caracterizaciones que le han sido adjudicadas a los 'homosexuales'. Ni qué decir que estas dos dinámicas parecen hoy necesarias y complementarias.

La segunda tensión entre los Estudios LGBT y la Teoría *Queer* se hace explícita ante la idea de comunidad; es decir, ante el hecho de que el activismo LGBT haya creado redes comunitarias para el apoyo mutuo y la inclusión social, que se distancian considerablemente de las consideraciones *queer*, las cuales se inclinan más por señalar los riesgos a los que se ve expuesta la identidad personal al adscribirse a estas nuevas políticas de la identidad 'homosexual'. Es así como la noción comunitaria de que los 'homosexuales' comparten un coro de experiencias, intereses y estilos de vida común, entra en oposición con una idea que resalta las múltiples formas en que puede manifestarse y significarse la 'homosexualidad'.

Una tercera tensión, que toca más las prioridades políticas de cada una de las perspectivas académicas, se refiere a los recursos discursivos mediante los cuales se busca la erradicación y reivindicación de la estigmatización del homoerotismo y tiene que ver con la forma que se asume de manera más o menos radical la idea de diferencia. Mientras que para los Estudios LGBT resulta claro el reconocimiento de la *diferencia*, aunque su prioridad se oriente principalmente a la superación de la exclusión, y por lo tanto privilegie la idea de que la solución está básicamente en la conquista de la inclusión social, por su parte para la Teoría *Queer* busca la construcción de una nueva epistemología de la diferencia (Sampson 2000), donde lo

otro no sea subordinado a lo mismo que es siempre el parámetro de la epistemología clásica. La inclusión se satisface sin necesariamente transformar las actuales bases inequitativas de la organización social.

En últimas, aunque el argumento anterior puede parecer un mero juego de palabras, lo que está en juego es la consideración de distintas formas de acción política: en el primer caso se privilegia la inclusión, y en el segundo, la reconsideración de la diferencia como criterio para estructurar el reconocimiento, el cambio cultural y la producción científica.

Las tensiones descritas hasta aquí, hacen pensar que más que buscar la eliminación de uno de los dos campos, ellos deben ser vistos como parte de una dinámica productiva entre el corto y el mediano plazo, entre la denuncia de las experiencias de las personas concretas y la reivindicación de sus derechos, y la apertura de posibilidades culturales a las actuales políticas de la identidad. En tal sentido, es importante reconocerle a los Estudios LGBT el hecho de haber producido una genealogía de la 'homosexualidad', que ha logrado hacer visible una historia no escrita acerca de la presencia e influencia del homoerotismo a lo largo de la existencia humana. Por su parte, a la Teoría *Queer*, debe reconocérsele la apertura a la resignificación de las posibilidades culturales. Puede afirmarse que ambas tradiciones han hecho aportes diferentes, y más importante aún, que ambas son indispensables para el alcance de las rectificaciones sociales que tanto se esperan.

Nomadismo epistemológico como salida postmoderna para la subjetivación

Hacemos nuestro el "proyecto epistemológico del nomadismo" de Rosi Braidotti (2000, 29) que siguiendo a Deleuze se propone la búsqueda de salidas alternativas a la visión falocéntrica de sujeto, objetivo que va de la mano con la legitimación de una forma de 'pensamiento figurativo' que logre la realización de visiones alternativas de sujeto sustentadas ética y políticamente. Es decir, de una forma de pensamiento que abandone la pretensión representacionista en procura de formas generativas de cambio cultural como función central del pensamiento científico contemporáneo.

Lo anterior resulta coherente con una metáfora performativa que asume la realidad del sujeto como una versión construida y materializada, por lo tanto transformable con base en la experiencia y las aspiraciones de cambio de los grupos humanos que han sufrido las consecuencias de la aplicación de políticas de la identidad basadas en ese modelo de sujeto pretendidamente universal.

A esta luz adquiere un nuevo sentido el señalamiento de los conceptos que se han mostrado nómades haciendo que el presente trabajo encuentre niveles de inteligibilidad aceptables en los siguientes campos: la filosofía feminista, los Estudios LGBT, la Teoría *Queer* y finalmente, pero no menos importante, en la Psicología

Social Construccinista, Discursiva y Narrativa.

En este marco, quisiéramos reconsiderar el esquema analítico de los posicionamientos del *self* a través de las narrativas identitarias construidas en las redes de significado cotidianas. La noción de posicionamiento remite a dos nociones fundamentales en esta lógica para el estudio de la identidad. En primer lugar la noción de dispositivos de poder; es mediante sistemas de regulación como las personas terminan ubicando lugares concretos en el espacio social asociados a niveles de estatus o estigmatización específicos con los cuales luchan o a los cuales se someten en sus narrativas identitarias.

En segundo lugar, la noción de *performance* que expresa el significado que la gente la da a su experiencia, el cual incluye la acción, la conversación, las formas de resistencia y de autonarración. Es por todo lo anterior que la noción de *performance* supera ampliamente el concepto de rol, que abandonamos en el proceso de esta investigación.

Finalmente y por supuesto en concordancia con lo señalado hasta aquí, se plantean grandes retos para los arreglos familiares que posibiliten los procesos de subjetivación nómada, porque suponen un ejercicio reflexivo que se extraña de las representaciones culturales de género que hacen de la subjetivación un meta, proceso seguido críticamente y que dispone conscientemente los dispositivos para la subjetivación descentrada.

En tal sentido, la transformación de la familia moderna, con su consecuente potencial transformador de la cultura y de los dispositivos para la subjetivación exige un ejercicio reflexivo que trascienda la mera inclusión de la diferencia en las estructuras modernas e invisibiliza tal potencial crítico.

Igualmente reta no solo las actuales prácticas de militancia de los movimientos LGBT y el acompañamiento académico (Butler 1992, Butler 2001) de las mismas, sino que también reta las prácticas socializadoras de quienes desde posiciones de sujeto tanto heterosexuales como disidentes comprenden la urgencia de la transformación de la familia moderna como condición para el cambio hacia una sociedad más democrática e igualitaria (Meler 1998).

BIBLIOGRAFÍA

- Abelove, Henry, Michèle Aina Barale, and David M. Halperin, eds. 1993. *The Lesbian and Gay Studies Reader*. New York: Routledge.
- Badinter, E. 1991. *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.
- Barry, A. 2002. From Liberation to Transgression and beyond. En *Handbook of Lesbian and Gay Studies*,

- eds. D. Richardson y S. Siedman, 15-25. Gran Bretaña: Sage.
- Braidotti, R. 2000. *Sujetos Nómades*. Argentina: Paidós.
- Butler, J. 1990. Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault. En *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, eds. S. Benhabib y D. Cornell, 193-211. Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.
- _____. 1992. Contingent Foundations: Feminism and the Question of "Postmodernism". En *Feminist Theorize the Political*, eds. J. Butler & J. Scott, 3-21. Nueva York: Routledge.
- _____. 1993. Imitation and Gender Insubordination. En *The Lesbian and Gay Studies Reader*, eds. H. Avelove, A.B. Barale y D. Halperin, 307-320. Estados Unidos: Routledge.
- _____. 1999. *Subjects of Desire*. Nueva York: Columbia University Press.
- _____. 2001. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós-UNAM-PUEG.
- _____. 2002. Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo". Barcelona: Paidós
- Carlson, M. 2000. Resistant Performance. En *The Routledge Reader in Politics and Performance*, ed. L. Goodman, 60-65. Londres: Routledge.
- Colombia Diversa. 2005. *Situación de los derechos humanos de lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en Colombia*. Bogotá: Colombia Diversa.
- Elia, J., Lovaas, K. y Yep, G. 2006. Introduction. Shifting Ground(s): Surveying the Contested Terrain of LGBT Studies and Queer Theory. En *LGBT Studies and Queer Theory: New Conflicts, Collaborations and Contested Terrain*, eds. K.E. Lovaas, J.P. Elia y G.A. Yep, 1-18. New York: Harrington Park Press.
- Estrada, A.M. 2001. Los fragmentos del calidoscopio. Una propuesta teórico metodológica para el análisis cualitativo de las relaciones de género en la escuela. *Revista Nómadas* 14, 10-23. Santafé de Bogotá: DIUC - Universidad Central.
- _____. 2004. Dispositivos y Ejecuciones de género en escenarios escolares. En *Pensar (en) Género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*, eds. C. Millán y A.M. Estrada, 18-49. Bogotá: Universidad Javeriana - Instituto Pensar.
- Estrada, A.M. y Báez-Silva, A.M. 2009. Retóricas eróticas disidentes. *Universitas Psychologica* 8(3): 653-672.
- Gergen, K. 1992. *El yo saturado. Dilemas de la identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- _____. 1995. Social Construction and the Transformation of Identity Politics. En *End of knowing: A new developmental way of learning*, eds. F. Newman y L. Holzman. New York: Routledge. Versión electrónica, <http://www.swarthmore.edu/SocSci/kgergen1/web/page.phtml?id=manu8&st=manuscript&chf=1> (Recuperado el 31 de enero de 2009).
- _____. 1996. *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. 1995. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra - Teorema.
- Giraldo Botero, C. 2006. Historia en construcción. Hacia una genealogía de la homosexualidad en Colombia. En: J. F. Serrano (Ed.), *Otros cuerpos otras sexualidades*. Bogotá: Universidad Javeriana Pensar.

- Goodrich, Rampage, Ellman y Halstead. 1989. *Terapia familiar feminista*. Buenos Aires: Paidós.
- Kimmel, M.S. 1997. Masculinity as Homophobia: Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity. En *Toward a New Psychology of Gender*, eds. M. Gergen y S. Davis, 223-242. Estados Unidos: Routledge.
- Kirsch, M. 2006. Queer Theory, Late Capitalism and Internilized Homophobia. En *LGBT Studies and Queer Theory: New Conflicts, Collaborations and Contested Terrain*, eds. J. Elia, K. Lovaas y G. Yep, 19-43. New York: Harrington Park Press.
- Lamas, M. 1996. Usos y posibilidades de la categoría género. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, comp. M. Lamas, 327-366. México: UNAM - Porrúa.
- Llamas, R. 1998. *Teoría torcida: prejuicios y discursos en torno a la homosexualidad*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores S. A.
- Meler, I. 1998. Construcción de la subjetividad en la familia posmoderna. Un ensayo prospectivo. En *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, comps. M. Burín e I. Meler, 373-398. Buenos Aires: Paidós.
- Mouffe, Ch. 1993. Introduction. For an Agonistic Pluralism. En *The Return to the Political*, ed. Ch. Mouffe, 1-8. Londres: Verso.
- _____. 1996. Por una política de la identidad nómada. *Debate Feminista* 7(4): 3-13.
- Richardson, D. y Seidman, S., eds. 2002. *Handbook of Lesbian and Gay Studies*. Gran Bretaña: Sage.
- Rubin, G. (1993). Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of Politics of Sexuality. En: H, Ablove, M. A. Barale y D. Halperin. *The Lesbian and Gay Studies Reader*. New York: Routledge.
- Sampson, E. 1993. Identity Politics. Challenges to Psychology's Understanding. *American Psychologist* 48(12): 1219-1230.
- _____. 1996. Celebrando al otro: una interpretación dialógica de la naturaleza humana. En *Dominación social y subjetividad. Contribuciones de la Psicología Social*, comps. T. Cordero, I. Dobles y R. Pérez, 31-60. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- _____. 2000. Reinterpreting Individualism and Collectivism. Their Religious Roots and Monologic versus Dialogic Person-Other Relationship. *American Psychologist* 55(12): 1425-1432.
- Shotter, J. (s. f). Toward a Third Revolution in Psychology: From Inner Mental Representational to Dialogical Social Practices. [First draft fort D. Bakhurst and S. Shanker (Eds.), Culture, Language, Self: The Philosophical Psychology of Jerome Bruner. London: Sage].
- _____. 2001. *Realidades conversacionales. La construcción de la vida a través del lenguaje*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Sluzki, C. 1996. *La red social: frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa.
- Traverso-Yepes, M. 1998. *La identidad nacional en Ecuador. Un acercamiento psicosocial a la construcción nacional*. Quito: Biblioteca Abaya-Ayala.
- Tronto, J. 1993. *Moral Boundaries. A political argument for an ethic of care*. Estados Unidos: Routledge.